

Aquí en su pequeñez el hombre es fuerte.—  
Mas ¿Dónde iremos ya? Torpes y oscuros  
Planes hallaron en el claustro abrigo,  
Y Dios airado desató el castigo  
Y con el rayo derribó sus muros.  
¿Dónde posar la fatigada frente?  
¿Dónde volver los afligidos ojos,  
¿Cuando ha dejado el corazón creyente  
Prendidos en los ásperos abrojos  
Su fé piadosa y su interés mundano?  
¿Dónde?

— ¡ En tí, soledad ! Yo te bendigo,  
Porque al náufrago, al triste, al pobre grano  
De desligada arena, das abrigo.

San Gervasio de Cassolas (Barcelona), 20 de  
Abril de 1878.

## LA VISION

DE

## FRAY MARTIN

—

(WITEMBERG, 15... (1)

### CANTO PRIMERO

I

Era una noche destemplada y triste  
Del invierno aterido; lentamente  
La nieve silenciosa descendiendo  
Del alto cielo en abundantes copos,  
Como sudario fúnebre cubría  
La amortecida tierra. Cierzo helado  
Azotaba los árboles desnudos  
De verde pompa, pero no de escarcha,  
Y, conmovidos por el recio choque,  
Parecian lanzar en las tinieblas  
Los duros troncos, lastimeros ayes.

II

La ciudad descansaba. De repente  
Turbó su sueño el lúgubre tañido  
De la campana, que con voz sonora  
Desde la torre á la oracion llamando,  
En sus vibrantes notas contenia  
Todo el siniestro horror de aquella noche,  
Negra y glacial, como el ingrato olvido  
De la mujer amada.

III

Era la hora  
De los maitines en el viejo templo.  
De Padres Agustinos. Taciturnos  
Y soñolientos, la capucha vuelta  
Sobre la faz rugosa, y con los brazos  
En las flotantes mangas escondidos,  
Por el gótico claustro del convento  
Los frailes avanzaban hácia el coro.  
Las moribundas lámparas que ardian  
De trecho en trecho, el claustro iluminaban  
Con esa claridad tibia y confusa,  
Más espantable que la misma sombra.  
Y allá léjos, muy léjos, en el punto  
Do se perdian sus inciertos rayos,  
— Como en el lapso perceptible apénas,  
En que la luz crepuscular se extingue

Y cede el paso á las nocturnas horas —  
Próximo al muro, tosco crucifijo  
De colosal tamaño descollaba,  
Despertando en el alma esos terrores  
Vanos, pero invencibles, que el silencio  
Forja en la oscura soledad.

IV

El claustro  
Quedó poco despues desierto y mudo,  
Y entónces un humilde religioso  
De su celda salió. Cual si cediese  
Á irresistible impulso, ante la imágen  
Del Santo Redentor, que en la penumbra  
Sus enclavados brazos extendia,  
Con sorda agitacion cayó de hinojos ;  
Ronco gemido levantó su pecho,  
Como levanta las dormidas olas  
Del mar la tempestad; copioso llanto  
Rodó por sus mejillas descarnadas,  
Y reclinando en la marmórea piedra  
Su demacrado rostro, oró un momento.

V

El preludio del órgano, inseguro,  
Débil y torpe cual la voz del niño  
Que la palabra indómita balbuce,

Súbitamente interrumpió el reposo  
Del sagrado retiro, y la profunda  
Contemplacion del afligido hermano.  
Sacudió la cabeza cual sacude  
El caminante su nevada capa  
Cuando al hogar hospitalario llega,  
Y arrojando de sí los pertinaces  
Recuerdos, suspiró, besó conrito  
La helada losa y penetró en el coro.

VI

Él faltaba no más. Saludó el ara  
Con fe devota, y ocupó su asiento  
En la esbelta y tallada sillería  
Donde esculpió la primorosa mano  
De hábil artista el trágico poema  
De nuestra santa Redencion. La roja  
Y amortiguada llama de los cirios,  
Que junto al facistol se consumian  
Con áspero y tenaz chisporroteo,  
Alumbraba la augusta ceremonia.  
El órgano, hasta entónces vacilante,  
Rompió como ruidosa catarata,  
En raudales de mística armonía,  
Y cual aves que salen de sus nidos  
Al llamarlas el sol, ágiles notas  
En tropel la alta bóveda inundaron,  
Ya graves, ya sumisas, ya imponentes.  
Después el rezo comenzó.

VII

¿Quién oye  
Sin alteraarse el recogido acento,  
El unisono cántico que elevan  
Á Dios las almas puras, olvidadas  
Del mundo y de sus locas vanidades?  
¿Quién no siente de lágrimas henchidos  
Los ojos? ¿Quién no tiembla y se estremece  
Cuando en la nave colosal retumba,  
Con la terrible majestad del trueno,  
Ese coro magnífico y sublime,  
Mitad imprecacion, mitad sollozo,  
En que parece que palpita y llora  
Abrazado el dolor á la esperanza,  
Como un esposo al cuerpo inanimado  
De la mujer á quien amó rendido?

VIII

Los salmos de David son como el viento,  
Que apacible y sutil el campo orea,  
Grana la mies, y en melodiosas arpas  
Los corpulentos árboles convierte.  
Mas luego fiero y desatado troncha  
Los más robustos troncos, las campiñas  
Y los poblados tala, hincha los mares  
Revolviendo las olas, y el espacio  
Con sus bramidos espantosos llena.

Tambien el canto del salterio enjuga  
El lloro acerbo, vierte en las heridas  
Consoladores bálsamos, conforta  
Al débil, da vigor al oprimido,  
Y al enfermo, salud. Mas ¡ay, si estalla  
En sus tremendas notas el enojo!  
¡Ay, si el céfiro blando se trasforma  
En huracan desenfrenado! Entónces  
Abate á los soberbios, aniquila  
La maldad orgullosa, y hasta aventá  
El olvidado polvo de las tumbas.  
¡Oh canto de piedad y de castigo!  
Por tus sacros versículos parece  
Como que escucha el ánimo suspenso  
Rodar todo el estrépito del mundo :  
Tronos que se desploman, muchedumbres  
Que arrastra la pasion, sordo rugido  
De la plebe sin Dios, desesperadas  
Blasfemias, estertores de la muerte,  
Todo en el arpa del profeta vibra.  
— Es como el mar la humanidad : ni calla  
Ni se detiene. En su perpetuo curso  
Cada generacion lanza su queja,  
Como cada ola su rumor. Furioso  
El vértigo del tiempo la arrebata,  
Y clama sin cesar de siglo en siglo :  
— ¡ Misericordia, oh Dios, misericordia! —  
¿Concentran ¡ay! los inspirados salmos  
Tan perdurable afan?

IX

Con impaciente  
Celo, como quien busca en la plegaria  
Fuerza para domar las tempestades  
Del oprimido corazon, el monje  
Recien llegado, al religioso coro  
Unió su voz entrecortada y dura.  
Los que gemís en las mortales noches  
Del prolongado insomnio, en que vacila  
La fe, se ofusca la razon, y pliega  
La esperanza sus alas, como el ave  
Ya próxima á espirar ; los que del fondo  
Del pensamiento, en tan horribles horas,  
Sentís nacer la alborotada idea,  
Grande como Luzbel, como él ímpia,  
Tentadora y rebelde ; los que en lucha  
Tenaz con la conciencia amedrentada  
Veis lentamente oscurecerse el cielo  
Y pasar en revuelto torbellino  
Las ilusiones y creencias, una  
Tras otra, cual las chispas fugitivas  
De ardiente hierro sometido al yunque :  
Vosotros ¡ay! en el medroso acento  
Y en el fervor acongojado y hondo  
Con que el mísero fraile á Dios llamaba,  
Sentido hubiérais palpitar la duda,  
La duda insana, la ansiedad suprema

Del náufrago infeliz que, arrebatado  
Por las rugientes y encrespadas olas,  
Mira á lo léjos la risueña playa,  
Insensible á su mal. — Mas de improviso  
Calló, fijando los turbados ojos  
En el gótico altar, que en lo profundo  
Del templo opacamente aparecia.  
Y creyó ver que en la desierta nave  
Como negro vapor se condensaban  
Las palabras del salmo, los acordes  
Armoniosos del órgano, su misma  
Voz de zozobras llena, y hasta el eco  
Que resonaba en los macizos muros.  
Los bíblicos lamentos, los dolientes  
Ayes y los versículos sublimes  
Que del coro monástico surgian,  
Dijérase que en raudas espirales  
Iban á hundirse en la profusa niebla,  
Espesándola más. Luégo del seno  
De aquella masa lóbrega, conjunto  
De quejas, y suspiros, y clamores  
En concertado són, cada gemido,  
Cada plegaria, cada voz, cobrando  
Sér, cuerpo y expresion de un pensamiento,  
De una muerta memoria ó de una pena,  
En mezela tumultuosa á la mirada  
Del aturdido fraile se mostraron.

X

Poblóse la ancha bóveda de informes  
Y fantásticos séres, que en horrenda,  
Vertiginosa danza, en incesante  
Giro, en continuo movimiento, como  
Nocturnas aves por el aire vago,  
Agitaban sus alas no sentidas.  
Las recónditas ansias, las pasiones  
Dormidas, los recuerdos importunos,  
Que hasta del claustro en el retiro humilde  
Rompen la paz de la existencia humana,  
En la insondable sombra revivieron;  
Y cuantos vicios escondidos yacen  
En lo oscuro del alma, allí en confuso  
Turbion, tomando caprichosas formas,  
Cruzaban cual relámpagos. La gula,  
La codicia, el rencor, la hipocresia,  
Larvas de humano rostro, serpeaban  
Con cárdeno fulgor en las tinieblas.  
Y la pálida envidia, el vil recelo,  
La iracunda ambicion, el hondo hastío,  
Monstruos disformes de aceradas garras,  
Ávidas fauces y órbitas de lumbre,  
Con inquieto furor se retorcian,  
Como indeciso rayo de la luna  
En tormentosa noche, contrastando  
Con las visiones lívidas, que el miedo,  
La pasion despechada, acaso el crimen

En la espantosa soledad engendran,  
La fe sencilla y crédula que busca  
Su patria celestial de luz vestida,  
Los tenebrosos ámbitos surcaba.  
Allí la voz en que el amor profano  
Se revuelve ignorando y contenido,  
Como el fuego volcánico en las duras  
Entrañas de la tierra, revestia  
Gallardas formas de mujer. ¡ Cuán fácil  
Mostrábase al amor, desnudo el seno  
Y palpitante, la febril mirada  
Incitando al placer, y la entreabierta  
Boca ofreciendo al corazón lascivo  
Un ósculo sin fin como el deseo!  
Desgreñadas orgías, imposibles  
Sueños de la abstinencia, abrumadores  
Votos de castidad, que en las vigili-  
as del claustro brindan en dorada copa  
Á la sed de las almas hiel hirviendo,  
Con satánica burla le acosaban.  
Allí la pena, y el amor, y el odio  
Lloraban en silencio; allí la culpa  
Se destrozaba el oprimido pecho.  
El gesto y la expresión de aquella hueste  
De siniestras visiones daba espanto:  
Lleno estaba el espacio de sollozos  
Que se quebraban sin sonar, ni un grito,  
Ni un suspiro, ni un ¡ay! la interminable  
Y fantástica ronda interrumpían (2).

XI

El fraile, jadeante y confundido  
Cual si tomara en la incesante rueda  
Parte activa también, la deslumbrada  
Vista alejó de la imponente nave,  
Clavándola en el suelo, ¡Ay! Pero nunca  
Hiciera tal. Horripilante cuadro,  
Que heló su sangre, y de sudor de muerte  
Cubrió sus miembros rígidos, de pronto  
Hirió su trastornada fantasía.  
Frios y descarnados esqueletos  
Recien salidos de sus tumbas, mudos,  
Inmóviles y absortos, con los brazos  
Tendidos, en la iglesia se agolpaban  
De espaldas al altar, mirando al coro,  
Y animaba sus mustias calaveras  
Mueca infernal, incomprensible, oscura.  
¿Lloraban? ¿Se reían? ¿Aquel gesto  
Era de escarnio ó de dolor? Vedado  
Está el misterio á la razón del hombre.  
¿Quién interroga á los sepulcros? Nadie  
Sabrá jamás lo que en su abismo encierran.  
¿Es la vida? ¿Es la muerte? ¿Es el principio?  
¿Es el fin? ¿Es la nada?... ¡Eterno enigma! —  
¡Este es el mundo! El vértigo en su altura;  
Abajo, la bullente podredumbre,  
Y en el altar, la sombra.

XII

Ante el medroso  
Hormiguero de espectros, que ofuscaba  
Su juicio y su conciencia, con lamento  
Desesperado y penetrante, el monje  
Pidióle amparo á Dios, y alzóse al punto  
De las tinieblas virginal figura  
Hermosa y fulgurante, pero triste.  
Larga, enlutada túnica cubria  
Sus púdicos contornos, cual celaje  
Que vela el blanco disco de la luna  
Sin amenguar su resplandor; sus ojos  
No lanzaban las ráfagas de fuego  
Que en la núbil pupila amor enciende,  
Pero brillaban transparentes puros,  
Como los astros en tranquila noche  
De caluroso estío; su ondulante  
Y negra cabellera, en destrenzadas  
Hebras por la ancha espalda descendiendo,  
Con doble encanto resaltar hacia  
La grave y melancólica hermosura  
De la celeste aparicion, envuelta  
En una claridad como de aurora.  
Pintábase en su faz meditabunda  
Y pálida el dolor; ese infinito  
Dolor que azora el corazon humano  
Cuando busca y no encuentra, cuando mira  
Y no ve, cuando lucha y desfallece (3).

XIII

Cruzando leve el círculo movable  
De séres impalpables que llenaban  
La bóveda espaciosa, la serena  
Vision. rompiendo el aire, entró en el coro,  
Y en el respaldo del sitial labrado  
En que convulso el fraile padecia  
Tan tremendas angustias, silenciosa  
Apoyó dulcemente el blando seno.  
Vióla el monje llegar, cerró los ojos,  
Y al traves de los párpados, más viva  
La imágen percibió; sintió unos brazos  
Que le estrechaban afanosos; luégo  
Un ósculo glacial, que á un tiempo mismo  
Le helaba el corazon y le encendia  
La mente; luégo penetróle el alma  
Una voz regalada y cadenciosa,  
Como suspiro de amorosa virgen,  
Voz que, temblando, le decia: — Deja  
Que te abrace otra vez. ¿Quién este nudo  
Podrá ya desatar? ¡Ven! Te he besado  
Y ya eres mio, ¡para siempre mio! —

XIV

El coro, en tanto, sus pausadas preces  
Alzaba á Dios; el órgano en *crescendo*

Solemne y grave, el templo estremecía,  
Y la vision radiante á cada salmo  
Contestaba con otro, cual contestan  
El eco al grito y el dolor al golpe.

CORO DE FRAILES.

¡Ay! Bienaventurado  
El varon que se humilla  
Y no escucha el consejo del malvado,  
Ni en la manchada silla  
De ciegos burladores se ha sentado.

LA VISION.

Si en seguirme consientes,  
Pide, y mi amor te colmará fecundo  
De dones y presentes ;  
Tuyos serán los términos del mundo  
Y te daré por heredad las gentes.

CORO DE FRAILES.

Párate, que resbalas ;  
La tentacion desprecia  
Y huye de falsas y mentidas galas ;  
Que si el peligro arrecia  
Te esconderé en la sombra de mis alas.

LA VISION.

¿Vacilas? Ten aliento,  
Y no el torpe recelo te confunda ;  
Eleva el pensamiento,  
Y libre como el pájaro en el viento,  
Quebranta tu cadena y tu coyunda.

Rígido, incierto, atormentado acaso  
Por ocultos deseos, hasta entónces  
Nunca sentidos, y que el leve acento  
De la vision en su interior movia,  
Volvióse el fraile, y preguntó azorado :  
¿Quién eres? ¿Qué pretendes? ¿Por qué alteras  
Mi oracion y mi paz? — ¿No me conoces? —  
Le respondió atrayéndole afanosa :  
— Yo soy, mirame bien, algo que vive  
Y algo que ha muerto en tí. Soy una llama  
Que surge de improviso en el abismo  
De tu inquieta razon. ¡Yo soy la Duda!  
Al oír esto, irguióse el sacerdote,  
Y acometido de mortal desmayo,  
Quiso escapar de allí, mas vino á tierra  
Como la encina rota por el rayo.



CANTO SEGUNDO

I

Mientras los frailes, á piedad movidos,  
El cuerpo de su hermano recogian,  
Lívido, mustio, cual si el soplo helado  
De la implacable muerte hubiese roto  
Su frágil existencia, el alma libre  
Abandonaba su prision oscura  
Breves instantes nada más, y asida  
Á la flotante túnica enlutada  
De la hermosa vision, llena de asombro  
Se preparaba á levantar el vuelo.

II

Del mismo modo que el metal fundido  
Recibe y guarda la impresion del molde  
Que inflamado y rugiente le contuvo,  
El alma incorruptible conservaba  
La forma corporal, y como el rayo  
De luz, que aún flota en la infinita esfera  
Después de extinto el astro esplendoroso  
De cuyo seno se ascapó, la imagen  
Del sér, al mismo sér sobrevivía.

III

Obedeciendo á superior impulso  
Como la débil hoja que arrebatada  
Aura otoñal y el remolino lleva,  
Apartóse del cuerpo inanimado  
Do refugiada estuvo, que en el coro  
Inerte y cadavérico yacia ;  
No sin fijar en él tierna mirada  
De lástima y amor.

IV

Hasta el cautivo  
Llega á cobrar cariño á la cadena  
Que le sujeta el pié, si al duro peso  
Le acostumbran los años ; hasta el ave  
Que encarcelada y entre hierros vive,  
Cuando quebranta su prision, la llora,  
Y sola, triste, sin amor, sin nido,  
Lamenta, agonizando, en la espesura  
Su inútil libertad. ¿ Cómo podría  
El alma desterrada, cuando vuelve  
Á su patria inmortal, dejar gozosa  
Al compañero humilde que en la tierra  
Prestóle amparo y le ofreció un asilo ?  
El compartió con la infeliz proserita

Su pobre lecho, el único que pudo  
Cederla en su miseria, y el escaso  
Pan de sus breves alegrías; siempre  
Sumiso y dócil le brindó sus ojos  
Para llorar, para sentir sus nervios,  
Para pensar su mente, y su palabra,  
Y su sangre, y su acción; sin él la idea.  
Como Titan paralizado, nunca  
El monte que le agobia rompería:  
Fuera un impulso sin objeto, un rayo  
De sol ahogado por la noche, un mundo  
En el seno del caos. Cuando le alienta  
Del entusiasmo ó de la fe la llama,  
Combate sin cesar, y si es forzoso  
Morir, se entrega al sacrificio, y muere.  
Por él tiene sus mártires la augusta  
Verdad, sus nobles víctimas la ciencia,  
La caridad sus héroes, y el crimen  
Sus terrores profundos; él se arroja  
Sin temor, convencido ó resignado,  
Á las fieras del Circo, á las borrascas  
Del mar, á las angustias de la vida  
Y á los abismos de lo ignoto. ¡ Oh frágil  
Y deleznable arcilla donde mora  
El alma contenida, mas no esclava!  
¿Cómo dejarte sin pesar? El mismo  
Dios, que te honró, cubriendo su grandeza  
Con tu envoltura material, no pudo  
Separarse de tí sin hondo duelo.

Por la vision doliente conducido  
El temeroso espíritu del fraile,  
Surcó el espacio lóbrego y callado;  
Pero en la densa oscuridad sus ojos  
Incorporéos veían, y el silencio,  
Para él tenía incomprensibles voces.  
Descubrió de repente abrupta roca (4),  
Cuyo invisible arranque parecía  
Surgir de las entrañas del infierno,  
Y cuya cima inaccesible envuelta  
En sosegado piélago de lumbre,  
Ni el águila, que mira de hito en hito  
Del sol la intensa luz, resistiría.  
El principio y el fin del escabroso  
Y aislado risco á la razon humana  
Le está vedado conocer; ocultan  
Las tinieblas más hórridas su base,  
Y defiende su cumbre el increado  
Resplandor que despide, siempre vivo.  
Con lenta gradacion iba creciendo,  
Segun subía en espiral, la llama  
Profusa de la cúspide sublime  
Sus ásperos contornos escondía,  
Hasta llegar á ser, como la sombra,  
Más que la misma sombra, impenetrable  
La corona de fuego de la altura.

VI

El alma y la vision su raudo vuelo  
Abatieron, posándose en la cresta  
De cortadura ingente, que rasgando  
La roca escarpadísima, llegaba  
Desde los lindes de la luz difusa  
Á los grados más tenues de la sombra.  
Y allí de pié sobre la peña escueta  
Inmóviles se alzaban, como grupo  
Escultural sobre columna enorme,  
Cuando la tarde, al espirar, confunde  
Las formas y el color.

VII

Ambas tendieron  
Hasta el confin de la penumbra inmensa  
La vista audaz, desde el tajado pico  
Por cuyas quiebras con fragor caían,  
Como torrente de espumosas ondas,  
Los siglos despeñados de la cumbre;  
É impasibles y absortas del linaje  
De Adam el rumbo incierto contemplaron.  
Era la marcha fatigosa : agudas  
Zarzas, angostos precipicios, tristes  
Desfiladeros, páramos incultos,  
Sin un arroyo límpido y sereno

En que templar la sed, sin un abrigo  
Donde buscar reposo, embarazaban  
La senda, que enroscándose subía  
Por el agrio peñon, como escamosa  
Y gigantesca sierpe. Inquieta, torpe,  
Dejando impreso por do quier el rastro  
Ensangrentado de sus piés desnudos,  
Ó á cada paso en las breñosas puntas  
Su desgarrada carne, aquel camino  
La humanidad seguía, y avanzaba  
Cayendo y levantando ; pero siempre  
La vista fija en la inmutable lumbre  
Que irradiaba del monte.

VIII

Horrendas luchas,  
Impensadas catástrofes y fieras  
Venganzas la diezmaban de contino.  
En tribus dividida y en naciones,  
Y en imperios, y en razas ¡cuántas veces  
Las tribus, las naciones, los imperios  
Y las razas enteras, cual rebaño  
Que ciego se derrumba y precipita  
Se despeñaban en tropel! ¡Y cuántas  
Desparecían por completo, como  
La débil nave que la mar repulta!  
Todo, todo se hundía en la insondable

VoráGINE del tiempo. Leyes, usos,  
Monumentos y gloria, hasta los mismos  
Dioses, temblando de pavor, rodaban  
Al fondo de la sima, nunca llena.

IX

Los siglos arrollaban á los siglos  
En turbulento curso, cual las olas  
Arrollan á las olas, y su paso  
Era rauda y fugaz, que en su potente  
Fermentacion, naturaleza activa  
Absorbe cuanto crea, y cuanto absorbe  
Vuelve á crear infatigable. Todo  
Era efímero allí, ménos el Verbo,  
El luminoso Verbo, la palabra  
Humana, que flotaba sobre el mundo,  
Como al romperse el caos, sobre los mares  
Aún mudos y dormidos, el inmenso  
Espíritu de Dios. Cuando los vastos  
Imperios sucumbian; cuando el hondo  
Abismo devoraba las naciones  
Y las podridas razas: cuando viento  
De tempestad, en polvo convertidos  
Derribaba los dioses, el radiante  
Verbo, sobrenadando, transmitia  
La herencia, el pensamiento y la memoria  
Del pueblo muerto al pueblo que llegaba.

X

Pálida, sigilosa, descargando  
Cerberos golpes por doquier, la muerte  
En pugna eterna con la vida, el aire  
Envenenaba con su helado aliento  
Y en pos; blandiendo sus cortantes hoces,  
Iban sus hijas, la ambicion, la peste,  
El hambre y la discordia. Sin reposo  
Sobre la humana especie revolaban,  
Como bandadas de voraces buitres  
Que acuden al festin de la pelea,  
Y perseguian con perenne furia  
La vida hasta en el átomo impalpable.  
Pero extremaban su rencor en vano;  
Pues cual simiente que en el fértil surco  
Cae y germina, cada sér vencido  
En la revuelta lid, de nuevos séres  
Orígen era, y parecida á Anteo,  
La disuelta materia renacia  
Al tocar en la tierra, más pujante,  
Más rica, más espléndida, más vária.  
¡Oh generosa vida, que conviertes  
Hasta el sepulcro en cuna y sólo entregas  
Á la insaciable destruccion, la forma  
Perecedera y ruin, ¡mil veces salve!  
¡Mil veces salve! Tu ánfora divina  
Nunca se agota. Puebblas el espacio